

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

EL VIA CRUCIS DEL ORADOR

(Segunda edición totalmente refundida)



Quito — Ecuador

Imprenta del Ministerio de Educación

1 9 4 2

EL VIA CRUCIS DEL ORADOR

El martes 14 de Octubre de 1941 el político, escritor y catedrático universitario Don Fernando de los Ríos visitó la Sociedad Bolivariana del Ecuador y, en arranque oratorio, pronunció en ella galante y docente discurso, al notificarse de que habían acudido a la solemne sesión numerosas alumnas del Liceo Simón Bolívar. El atiguo profesor habló a las jóvenes y niñas con cálida unción que iba desgranando bellas ideas y poéticas imágenes, recomendándoles al cultivo de la hermosura espiritual por sobre secas materias que nos atiborran de saber integral. El que un día fuera Ministro de Gobierno y de Educación en su adolorida patria, recalcó que había que atender de preferencia al corazón femenino antes que a la mente. Con plena convicción, insinuándolas estuvo que fueran a la ética por el camino de la estética. Belleza es bondad y aristocracia de sentimientos. Por la atención que rendimos a la belleza se ilumina el alma cuando admiramos una puesta de sol, leemos un poema

de ternura, escuchamos una sonata clásica, intuimos las perfecciones de un cuadro artístico, de una estatua impoluta.

Desgraciadamente, la educación positivista que impera hoy día, va asesinando el amor a la humanidad, y en la mujer ahogando su nobleza de afectos. Sólo fomentamos estudios áridos en los que no se pone generosidad anímica. El corazón queda en segundo plano. De aquí el naufragio del mundo, cada vez más combatido por tempestades egoístas. Conveniencias y mezquindades no considerán, con altura de miras y preferencia, la dignidad del hombre, mucho menos la atención fundamental a la delicada enseñanza que ha de recibir la mujer desde la escuela, a fin de que su ambiente sea de inefables emociones. La niña de hoy está sometida a estéril aprendizaje, antes que a nociones nobles que pulan los sentimientos, en jardines de abnegación, en noviciados de poesía que rechazan fealdades y vicios:

Sus palabras quedaron vibrando como otras tantas arpas venidas de Grecia, evocadoras de la música de las almas.

Al día siguiente, en el teatro "Sucre" don Fernando de los Ríos, el luchador republicano, desarrollaba erudita conferencia sobre "El sentido y significación del actual drama de la cultura. ¿A dónde vamos?".

Era el vía crucis de la ciencia humana, apuñaleada por las matos implacables de

los que predicau hoy la doctrina de la fuerza. Es tal la arremetida, que ya nos van quitandó hasta la esperanza, que es lo único que al mortal le queda.

La crisis de la cultura esparce sus sombras por el mundo. La frase del orador se lleva el viento. Algo queda en el libro, cuando se salva de los modernos autos de fe y de la persecución de que es víctima.

Ha de perdurar acaso el que don Fernando de los Ríos se propone escribir desde hace mucho tiempo. Para esto recorre América buscando datos que le demuestren la influencia de las creencias españolas en el Nuevo Mundo desde el siglo décimo sexto. Ha de analizar posiblemente el suplicio de Atahualpa por la imposición bíblica que pretendiera sobre el gran Monarca el fraile Valverde.

El orador pasa por el mismo vía crucis de todos los heraldos del arte. Son los crucificados a que se refirió el poeta payanés Valencia. La palabra fluida, que arrebatada, que conmueve por el espacio de algunos minutos, se borra en poco tiempo. Su veloz recuerdo emociona a los que le escucharon. Después del fervor, la impresión ha fugado con la lectura de aquello que hizo palpar con más celeridad el corazón. Ha desaparecido el instante emotivo, como el eco que se extingue en un momento dado.

Pocos se acuerdan de los oradores y conferencistas que en Quito conquistaron aplausos y trazaron una estela intelectual y fonética que nos parece fugaz, como el cubano Eduardo Zamacois, novelista fecundo que nos habló de los rasgos íntimos de escritores españoles contemporáneos y hasta de los toreros; como el uruguayo Roberto Alejandro Tállice, uno de los fundadores de la revista "Proteo" en diciembre de 1921, que cual lluvia de oro dejó caer en el escenario su emoción artística; como el español Federico García Sanchíz, que nos entretuvo con su amena charla de conversador insigne y del que han llegado hasta estas comarcas sus libros "Sangay" y "El Caballero del puente"; como el mexicano José Vasconcelos que exaltó a su patria y puso de relieve campañas educativas y difusión de obras clásicas desde la tierra azteca a lo largo del continente; como Eugenio Noel, espíritu inquieto y fogoso que combatió los defectos de la raza hispana, inclusive la fiesta popular del toreo. ¿Cómo olvidar al artista de la emoción, al árabe de cálido verbo Habib Estéfano que, en oraciones rítmicas y meditadas, auscultando estuvo el dolor universal, para entrar al examen de las joyas del corazón humano, a través de las más apartadas civilizaciones, para ponderar el valor y virtudes del árabe industrial, del beduino caballeresco? Dos temporadas pasó en la capital ecua-

riana, y en ambas su facundia imponderable y afligranada conquistó nutridas palmas después de cada rotundo período, especialmente cuando describía países del Nuevo Mundo y trataba del porvenir de América y de sus deberes democráticos.

Me refiero únicamente a los oradores que improvisaban o se producían a viva voz, como el costarricense Teodoro Picado que puso de alto ejemplo el altruismo de los maestros de escuela de su república modelo; como la escritora peruana Rosa Arciniegas que cantó las amarguras y sufrimientos de los grandes maestros de la música; como el colombiano Restrepo tan hábil para los paliques, y como tantos otros peregrinos del arte retórico, inclusive varias talentosas y delicadas mujeres que propagaron por medio de la palabra sus ideales. Si olvido a no pocos oradores, la omisión está probando el vía crucis de que son objeto. No he querido referirme a los que en la cátedra han leído sus discursos sustanciosos y han levantado tribuna sapiente, como Moisés Sáenz (1) que ha estudiado al indio americano; Germán Arciniegas, el de la erudita "Revista de las Indias"; Eva Canel predicadora del españolismo del ilustre Almirante, etc. Tampoco aludo a los

(1) *Falleció, en Lima, en Octubre de 1941.*

que trotan por el planeta con un mismo disco bajo el brazo o la repetición inacabable de un mismo clisé.

Ahora le ha correspondido las efectistas y marcescentes palmas al docto andaluz Fernando de los Ríos que, en frase rauda y sencilla, como la de su viejo amigo y colega Antonio Jaén Morente, vierte todo el amargor de la cultura occidental en crisis, anunciada años atrás por pensadores y publicistas, por sociólogos europeos que presentían la tragedia mundial de sus dos explosiones bélicas en menos de un cuarto de siglo, y más que todo, el naufragio moral que mata conciencias y atropella la dignidad del individuo. Tempranamente caduco está porque no aprovechó la mañana; que quien no la goza en la marcha rápida del día, tampoco eterniza su juventud espiritual, como querían los helenos y epilogó el maestro.

En breve le tocará el turno de su vía crucis al juvenil español González de Castro, que conmoviera a Quito en la Universidad Central y en el teatro Sucre, al correr de más de un cuarto de siglo.

UN JUVENIL ORADOR

Reparos a los grandes oradores.— Flor de juventud.— Evocación al periodista.— El Dr. González de Castro.— Voces de encomio.— Muerte de la oratoria.— Oradores ecuatorianos.— Libertad de prédica.— Lo que importa situarse en lugar del orador.— Quejas y aplausos.— Conferencias poéticas.— La oración del dolor.— La literatura del Dr. Castro.— Su filosofía.— El numen de Montalvo.— El dolor universal.— Palabras de Sebastián Faure.— Los ideales.— El prejuicio.— Evocación final a Castelar, "el primer tenor de la República". (1).

Ningún sér más discutido que el orador. Los lunares que suelen poner de resalto en sus discursos son para desconsolar al de irrefrenable vocación. Desde tiempos

(1) *Ensayo publicado en Quito en 1913 y refundido ahora.*

muy remotos, el orador ha sido blanco de los notes más temerarios. Ya Timón señaló de irónica manera los perjuicios de la elocuencia. Su abuso engendró el sofisma y la charlatanería. Palabras y más palabras, síntomas de estéril vacuidad cuando el nervio de la acción no las vigoriza. *Res non verba* es apotegma lleno de sabiduría. El Calvario de los oradores no se ve compensado con las horas de trasfiguración excelsa y de Tabor que pasan sobre ellos.

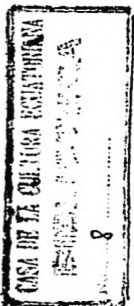
“Hoy los discursos no se hacen sólo con retórica, sino también con autoridad”, ha dicho un crítico moderno.

Si los oradores típicos de la Grecia y Roma fueron motejados con rudeza; cuánto más los contemporáneos! De Castelar se censuraba que solía escribir sus discursos y que su vanidad rayaba en lo inconcebible; de Cánovas del Castillo, no sólo su mediana estatura, sino también su fisonomía desprovista de expresión y la carencia de disimulo; de Silvela su frialdad mármorea; de Azcárate la ausencia de pulimento de la frase, de selección de vocablos y matizamiento de las cláusulas; de Gamazo su ningún acaloramiento y falta de brillo; de Romero Robledo su escasa ciencia y erudición, etc., etc. Tampoco sus relampagueantes apoteosis perduran. “Cuando la última frase de sus discursos se extingue, la luz que le envolvía pierde su brillo y co-

lor, y el grande hombre se desvanece”, decía don Miguel Moya al hablar de Cánovas del Castillo.

Y agregaba estos reparos: “Examinad un discurso del Sr. Cánovas puesta la vista sólo en su forma, y encontraréis palabras y más palabras, frases repetidas, períodos interminables y laberínticos. Examinad el fondo y veréis en él sofismas, conceptos oscuros, teorías ininteligibles, y aquel ir y venir mareante al rededor de una idea que es sello característico de la varonil elocuencia de don Antonio”. Ahora esta racioncilla para el orador mimado de las señoras, Alejandro Pidal: “Sus oraciones más hermosas son las que improvisa. Pudiera decirse que es un potro de pura sangre, pero sin freno. Cuando habla, sabe siempre de dónde sale; jamás dónde va a concluir su vertiginosa carrera”.

¡Imaginaos ahora lo que se podría amontonar en contra de un orador de pocos lustros, flor de juventud, que abre ingenuamente su corazón y que se deja llevar de su temperamento poético, sin anilanarse por el medio ambiente hostil y la estrechez del escenario de algunas aldeas! Aludo a Gonzáles de Castro, individuo, según dice, de la Academia de la Lengua y del Ateneo de Madrid, mozalbete de pluma y de palabra, dramaturgo y periodista, que a los 21 años —como José María Rey que a esa edad ya era miembro de la Academia de



Ciencias y Bellas Artes de Córdoba,— llamaba la atención en el campo de las letras. El Monasterio de Valdediós le aplaudió por su bachillerato en humanidades, como después la Universidad de Oviedo en los cursos de Filosofía y Letras, y más tarde la de Madrid, en donde obtuvo el grado. Tan temprano vivir ya ha ensayado sus facultades en el teatro y en la novela. Sus dramas son: *Al fondo*, *Alma sajona*, *Final de una tragedia*, *El Crepúsculo*, *El idilio de las sombras*. *El niño*, *La bestia humana*, reminiscencia de Zola.

En la capital de Chile, estrenó el drama *Bajo la Nieve*, que dedicó a la Sra. Delia Matte de Izquierdo. (1).

(1) *A este propósito, dice Claudio de Alas en La Mañana de Santiago: "No es González de Castro, en el teatro, uno de esos señores que, merced al éxito de una bigotera y a los desvelos de un sastre imbécil y a la labor de hormiga de adular directores de compañía y empresarios, logran arrastrar un embrión dramático hasta la escena.*

Este joven español, noble y sencillo, sincero, orgulloso de su corazón y lleno de verdaderos idealismos, sin pompas, sin pretensiones, sin exhibicionismos copiados en personajes de cinematógrafo, y —sobre

Sus novelas son: *Triste infancia, Amor a pedazos, Las notas de una reina*. Si viaja es con el objeto de reunir material para su obra "La Nueva Raza":

todo!— sin ser rastrero, —llevó al público su drama.

Los que lo vieron, eran selectos todos.

No repartió entradas, para que le aplaudieran los favorecidos.

Tampoco cobró el tanto por ciento, materia de la cual, tantas caricaturas andantes de Felipe Trigo, han hecho tribuna, polémica, intriga, envidia y, hasta idealismo artístico. (?)

"Bajo la Nieve", es un minuto de corazón, entre dos paréntesis de realidad:

No pertenece el pequeño drama a la escuela de Sudermann, —como lo dijo un crítico amigo mío, que tiene inteligencia.

El drama del buen muchacho, viajero por el País de la Ilusión, no pertenece a más escuela que a la de la Vida.

Esa también es la de Sudermann.

Por eso sorprende.

El drama es una obra real, en que el autor, parece traslucir algo vivido, no con la petulancia de los que, en obras que consiguen representar, pretenden que es vivido el ambiente de las mismas, ambiente que conocen, o en los libros de Felipe Trigo o en la vida social de los diarios"

En la Argentina fundó el periódico "España en el Plata". Ha colaborado en muchos diarios, en especial en los que le franquean sus columnas al paso por los pueblos que visita. Su mocedad llena de generosidades apotrofa así, aunque sin atildadura, a los del cotidiano batallar; en una ingenua admonición, fruto juvenil y entusiasta que no tendrá los quilates de una joya, pero fulgura con la alborada de los sanos propósitos, por más que se resienta del puntuar vargasvilliano ya fuera de moda:

"Periodistas; hijos de la lucha; gladiadores anónimos; maestros humildes; cantores amargos; hijos de la rebelión; los que viven de la noche, preparando en el descanso la historia de su faena pasada. Los que imaginan; y luego modelan: y luego escriben: y luego graban.

"Vostoros, los que bajo la planta del impostor, seguís hiriendo el despotismo.

"Los que amáis por necesidad, sin egoísmo, sin cálculo.

"Los que herís hiriéndoos, los que maltratáis maltratándoos, los que sabéis escuchar el silencio y medir las sombras y sondear el vacío y escalonar la cumbre.

"Los que sonreís al odio de las turbas; los que despreciáis el insulto de las masas; los que cantáis el ajeno dolor sin acordaros del vuestro.

"Los que afligidos por el inmenso dolor del pueblo, alzáis retadora vuestra voz

potente y condenáis la injusticia, matáis el abuso, destruis la intriga.

‘Los que véis como Damocles sobre vuestras cabezas temblar brillante la fatal espada.

“Los que como Sócrates esperáis tranquilos la cicuta.

“Los que como Jesús preparáis los hombros, sonriendo el labio, el corazón amante, para recibir la cruz pesada del dolor.

“Los que como Juan de Hus miráis compasivos al verdugo y pensáis que aquel también vivió en un seno maternal.

“Los que como Chenier cantáis ante el patíbulo.

“Los que como Plácido eleváis una plegaria consolatriz momentos ante de sentir la guillotina.

“Los que como Jaurriec retáis la tiranía, yendo tranquilos hacia la verdad amarga.

“Los que como Pestalozzi lloráis de gozo ante la ajena felicidad.

“Los que amáis; los que sufrís; los que esperáis; los que soñáis; los que vivís. Vosotros sois periodistas, historiadores del hecho diario; maestros del pueblo; reformadores; genios sin aureola; mártires sin triunfo.

“Sois águilas, y el cazador envidioso de vuestras alas os hiere desde abajo.

“Ensangrentáis los cielos; llovéis san-

gre sobre el mundo; envolvéis en la púrpura de vuestra sangre la semilla redentora.

Seguid; volad; llegad a lo infinito; la tierra está sedienta.

“El surco del amor espera la semilla santa.

“El plumaje soberbio pierde una cada día

“Una pluma: la que estampó una verdad”.

A. pesar de su casi adolescencia, no es de los declamadores que incurren a destajo en abominables lugares comunes. Lo que un notable crítico español expresa de Segismundo Moret, se le puede aplicar a González de Castro, a saber: “Las imágenes de Moret siempre han representado un indiscutible progreso sobre las tradicionales frases hechas: “Hoy no es día de hablar, sino de sentir”, “la nave del Estado”, “el timón del Gobierno”, “la hidra de la revolución”, “el sol de la libertad” y “las venerandas creencias de nuestros mayores”; pero nos parece muy bien que las haya aligerado de ropa y que las emplee sólo en los días solemnes”.

Acaso el precoz talento no cree en la eficacia de la oratoria ni en su oportunidad imperante. La palabra sin las obras es muerta. Las más de las veces, los hombres de acción han sido taciturnos y silenciosos.

Su elocuencia, la de los hechos; su energía, la de las empresas, sin desgaste de verbalismo.

Cuando, a raíz de la primera conferencia del doctor en Filosofía y Letras Vicente González de Castro, charlaba yo en el *Hotel Extrangers* con el simpático y juvenil asturiano, de fluida y vibrante frase, que se desgranaba como un rosario de dulces notas que conservaban el ritmo de la tierra, entre otras voladoras ideas mezcladas de fervor y de melancolía, me sustentaba como una caricia lo siguiente:

— Le felicito por su hermoso estudio acerca de Mejía Lequerica. Es completa exposición de oratoria, en la que muchos nombres de oradores, están muy bien traídos, entre los que se destaca la vigorosa figura del casi niño tribuno quiteño, que Ud. ha sabido presentar con habilidad y galanura.

— Gracias, doctor. Es un trabajo de mi primera juventud, en el que noto muchos vacíos. En una segunda edición, corregiría todo. Su opinión, no obstante, me honra demasiado. La acepto como eficaz voz de aliento.

— Nada de eso. Le hablo con sinceridad: soy rudo y hasta grosero en mis franquezas. Como no me gusta recibir aplausos, tampoco suelo prodigarlos. Su obra es buena, y basta.

Después de añorar su pobre y obscura infancia, las rebeldías del hogar, su carencia de recursos para seguir una carrera, los cálidos días de la Universidad de Oviedo, las escenas —mezcla de gloria y de tristura— de la triunfal profesión; después de contar anécdotas íntimas de su atormentada vida y de la rápida rememoración de sus viajes por Europa y por el Sur de América, agregó con solemnidad:

—La era de la oratoria ha pasado ya, Hoy no brillan los padres de la elocuencia. Aquello estuvo bien en las épocas de lucha, en los periodos revolucionarios, cuando había que pelear desahoradamente y conquistar al pueblo, como en la social explosión francesa, como en la independencia de ustedes. Entonces surgían los dominadores de multitudes. La efervescencia, la oposición, el combate formaban al artista fecundo; hoy se impone la discusión serena, la economía de palabras en obsequio de los hechos.

Y era un fogoso orador, de noble alma abierta a las venustas ensoñaciones, el que así me hablaba, suspirando sin duda por las éticas tardes del ágora y los días tumultuarios del foro latino. Su torrencial verbo comunicaba animación y vida a cuanto le placía tocar. Cual otro Moisés, arrancaba raudales de jugosos pensamientos del más estéril asunto, de la más seca Oreb, con la varita mágica de su retórica.

Hacia muchísimo tiempo que no se regalaba mi espíritu con el tipo mozo de la oratoria. En la sagrada, cuántos ramplones dogmatizadores, cuántas vulgaridades enmascaradas, cuánta moralidad sensiblera e hipócrita; en el foro, qué da tautologías, qué de ridículos trabalenguas; en el parlamento, cuántos declamadores sin caletre, aguacero de lugares comunes que le obligan a abrir el paraguas; en la academia, qué dolorosos esfuerzos, qué fríos rebuscamientos; en la cátedra, qué insustancial palabrería, qué magistral fatuidad sin cohesión ni método. Recordando estos desastres, me confirmaba cada vez más en aquel parecer de que el tiempo de los oradores ya había pasado en el siglo del vapor y del laconismo en todo, de lo abreviadamente práctico. Especialmente en el Ecuador, dudo se repitan los Mejías, los Rocafuertes, los Salcedos, los González Suárez de la edad viril; los Corderos, los Peraltas, los Arizagas, los Páez, los Espinosas, de la proveyta, y otra hora los Teranes, los Ayoras y los Pozos del fervor juvenil y parlamentario. ¡Es tan difícil improvisar melódicas, amenas y sugestivas oraciones!

Elocuente fue el canónigo Luis R. Escalante. En nuestros días, el Dr. José María Vela:co Ibarra ha conquistado aplausos con sus discursos y conferencias a lo largo de América. Entusiasman las férvidas improvisaciones y los arranques cívicos del Dr.

Carlos Alberto Arroyo del Río. En los Congresos el Dr. José Vicente Trujillo se ha producido elocuentemente.

Pero, escuchando en el Teatro Sucre de Quito y en la Universidad Central al doctor González de Castro, me decía *inspectore*: aún quedan oradores; todavía su estela no ha pasado; todavía en estos pueblos que no han desterrado del todo a la ignorancia y hacen buenas migas con el fanatismo, en los que se debe sin descanso difundir la verdad valiéndose de armas diversas, son indispensables, son urgentes: el aula, el comicio popular, la tribuna, el paraninfo, el club los reclaman. La conferencia es modernísima propagadora de doctrinas; la elocuencia hipnotiza el alma popular de multiforme psicología.

Se murmurará que no plantea problemas nuevos, no entona epinicios flamantes; no es profesor verbal de originalidades científicas; se querrá censurar que en medio de su frondoso follaje poético sopla el gárrulo vientecillo de la digresión que le aleja del tema principal; se dibujarán miopes reparos a su acentuación prosódica e imprecisión gramatical... ¡*Peccata minuta!* ¿Cómo exigir que en el calor de la improvisación la célere cláusula, cual filigrana de orfebre, cual verso clásico, brote áurea, impecable, esculpida primorosamente y sea cascada y obra de arte a la vez; fuente susurradora y sentencioso limado discurso al

mismo tiempo? Con todo, cuántas elegancias, cuántas galas de dicción, cuántos pasajes enternecedores y profundamente emocionantes se encuentran en el florido charlar de ese verbo-motor casi imberbe que desde un lustro ha estado derramándose por el mundo, del juvenil talento, precoz, vivaz e iconoclasta, que a los trece años, como Salmerón, se graduó de bachiller, y que hoy ya es viejo en el estudio, en la observación y en el dolor. Fue compañero de universidad de los que ni en el presidio se domaron en recalcar la justicia libertadora y la desnuda verdad, como Julio Vicenti, Arturo Smeidar, Juan Pujol, Eduardo Ramírez, Víctor D' Eart, y de aquellos otros insignes muchachos que se llaman Julio Ruiz García, Antonio Basanta, Miguel López Rodríguez, Alvaro Albornoz y Julio Villegas.

Y vosotros que no podéis zurcir cuatro fracesillas, que no acertáis a remendar vuestro descoyuntado discurso, a fin de que, en el lapso relampagueante de siquiera cinco minutos, en las barbas no os rechliflen; vosotros que ni por el fondo ni por la forma conseguís electrizar con vuestras atortoladas oraciones repentistas; vosotros que no os dignáis aplaudir porque no se minore vuestra sabiduría, callaos, callaos.

Arduo es hablar en público, difícil escribir para todos, y muy arduo y muy difícil conseguir que la atención del oyente y del lector estén siempre fijas, potente la

persuasión, *in crescendo* el entusiasmo. ¿A caso habéis olvidado la vieja anécdota del novicio que satirizaba, que se reía socarronamente de los sermones del grave padre prior, y que cuando *bajo obediencia* tuvo que presentarse en el púlpito a anunciar una patarata, confundió lastimosamente los *voquiblos*; jugó, sin querer, del vocablo, como un payaso, y no acertó a hacerse entender menos a transmitir a los fieles la orden recibida? Desde otros púlpitos, que no sean el ávido que el numeroso auditorio devora con los ojos, no es imposible vocear y *barvizar*. (Anito y Melito, Mevio y Bavio, chist!).

Cuando el buho rapaz de la censura intenta picotear mi alma y ciegamente arrastrarla a la injusticia, mido primero la situación, peso las circunstancias, aprecio el tiempo, no desconozco el medio ambiente, me pongo en lugar del descuerado antes de fallar, sin ínfulas ni suficiencia olímpicas. Entonces la ruindad del ave nocturna, el gahnido desapacible se van poco a poco transformando en juicio sereno, en equitativo concepto, en canto desapasionado.

El siglo XX es siglo de plena libertad. Los evangelios más rancios y las hipótesis más descabelladas en él caben. ¿Merecerá burlas quien propaga lo que le da su regalada gana? Tolerancia es modalidad de alta cultura. Cada cual es libre para salmodiar su credo. prejuizar, *carcajatear* sin discu-

tir; negar toda bondad por el mero prurito de la suficiencia, por uno como aristocrático *trust* del talento que en los demás ni una chispa reconoce, es sencillamente ridículo. Todas las cosas —en la eterna dualidad humana— tienen dos aspectos, su pro y su contra, su mérito y su imperfección, su dinámica sublimidad y su ridiculez pigmea. Quien para criticar olvida esto, no es leal ni es honrado. La doble faz resalta en el magno admirador de Montalvo, el férvido González de Castro que, a los 26 años de una vida intensamente vivida, ha sacrificado su salud en aras del ideal y del cristiano desenmascarar a hipócritas, y ha derrochado su desinteresada juventud en ansia de inquirir. (1)

¿Quién desconocer intentará que el atrayente y novel hombre de letras asturiano es narrador hábil, de clara inteligencia, de espíritu sugestionador, de generoso pensar? Sabe el secreto de que el peso adornilado de las horas no le sea soporífero al auditorio. Sus arranques tribunicios reclaman el aplauso, el hurra vibrante, las palmas estrepitosas; demostraciones que le desagra-

(1) *Nació el año de 1886 en Figueras de Oviedo (Asturias). En la Universidad que han ilustrado Posadas, Canella y Altamira estudió cuatro años Filosofía y Letras y terminó su carrera en Madrid.*

dan por temperamento y porque interrumpen su vena inagotable. Pero este mismo furor de oratoria, este *quid divinum*, esta fiebre santa de que se ve acometido le resulta a veces perjudicial al método, a la concisión, a la coherencia, al final resultado. De aquí que hermosamente nos aturde en ocasiones. Mas como él no se cree orador, ni estudia fría y ordenadamente sus conferencias, los defectos del arte oratorio son lunares que se atenúan en el muchacho de alma ingenua, en el *juvenis bonus*. Leed los discursos de Mejía y notaréis muchas pesadeces e incorrecciones: el orador no nació para ser leído. Su labor muere en las heladas páginas del libro. Lo mismo acontecería con el Dr. G. de Castro, de publicarse a la letra sus conferencias; pero no se me negará que cautiva cuando habla. (1)

Verdad es que sus episodios se dilatan con menoscabo de la proposición principal;

(1). *Entre las conferencias que desarrollara en Santiago de Chile, metió mucho ruido la que habla versado sobre la Divina Comedia y el Quijote. De los diarios chilenos, que le colman de aplausos, entresaco estos no castigados perlos, fascinadores por su poesía, que improvisó el Dr. González de Castro:*

"Duermes el león en el fondo de las sel-

verdad que sus saltos de tarde en tarde son bruscos; verdad que deja digresiones en suspenso y otras apenas esbozadas; verdad que algunos periodos ampulosos se cortan súbitamente y que otros son meras parrafadas sin redondearse; verdad que cuando, más que su inteligencia, su des-

vas, agitadas sus entrañas por palpitaciones gigantescas; sueña el águila en las altas cumbres donde mora; abandona el cóndor la nieve de los Andes para alzarse majestuoso en el espacio y mirar de frente y cara a cara el rojo sol de apoteosis; gruñe el lobo en la maraña del bosque; ruge el tigre entre la zarza majestuosa de los montes, cual culebra de plata sobre la alfombra esmeráldica de los campos en flor, arrulla con su orquestación titánica el océano tempestuoso, cuyos roncós alaridos aterrantes, se despliegan como manto de dolores que se quejan, entona el viento sus místicas canciones añoratrices, y suspira el blando céfiro nocturno al posar sus blandos labios, en las hojas de las flores.

En medio de ese paisaje que forman los mares amenazantes y rugientes, las montañas sombrías y pobladas de fieras; los arroyos serpenteando en las llanuras, y las selvas orquestando sus rumores, una pálida figura se destaca, toda amor, toda tristeza.

gastado organismo, su voz, sus nervios, sus hígados martirizados se fatigan, acude a lugares muy trillados y declamaciones de mitin; pero, en medio de todo, cuánta belleza, cuánta espontaneidad, cuánta imagen poética, cuánta oportuna erudición que teje fúlgidos, galanos y finos encajes con su

‘Hay un hombre entre las cantantes soledades de que os hablo, un hombre, repito, cuyas manos extendidas, imploratrices y amantes, parecen suplicar, tendidas a los cielos, piedad para la raza por quien llora.

El vierte toda su alma divina en un canto de perfumes y colores, consagrado a la esperanza y al recuerdo, y su alma está herida de muerte, herida por el audaz golpe del brutal materialismo, herida por los odios, destrozada por las mentiras, despedazada por los convencionalismos; temblando en girones, como nieve blancos, y como nieve puros, ondea su alma sobre la frente del mundo, no tiene pan y se ofrece entero a los que pan le niegan.

‘No tiene amigos, y ofrece su corazón a los que cobardes le odian.

‘¿No sabéis lo que es un loco, un enloquecido por el dolor, la locura de un cerebro torturado por la angustia?

‘¿No estudiásteis el momento dado, la

estilo que hipnotiza, que electriza multitudes, con sus pensamientos descarnados y enérgicos que con pura convicción los sustenta. Que egotiza mucho, que su soberbia se deshorda, que quijotea de repente, que es con frecuencia superficial, que no asimila con estricta corrección en algunos momentos, que en el torrente de ideas y de vo-

trágica y convulsa risa del que, víctima de un inmenso dolor, siente agonizar en su ser, a la razón?

¿Ésa risa, que hace estallar las arterias, reventar las venas, rasgarse la piel, hincharse las carnes, eurojecerse la cara, saltarse los ojos, palidecer los labios, crispase las manos, y como retorciéndose bajo el ataque de una epilepsia montruosa, todo el cuerpo hace crugir, cual si roto el cuerpo por milagro solamente hubiese en pie de sostenerse?

¿No habéis visto un hombre grande, generoso, digno y bello, puro, hermoso y anhelante temblar en el momento que por primera vez al arroyo descende, y con su fango se mezcla, y con su lodo se envuelve, y con su barro asquea?

¿No lo veis casi asfixiado por el olor nauseabundo que del arroyo brota, cubrir su rostro con una mueca de espanto y de dolor, y luego de comprender que aquel

ces, de imágenes y de giros se le escapa alguna inexactitud histórica o mejor *lapsus linguae*, qué importa! Aparisi y Guijarro cogía gazapos a Castelar y le probaba que no era político ni sabía historia. Cuando los nervios están trabajando como en una fragua, cuando la pasión por el ideal va hasta el vértigo, cuando la juventud y el entusiasmo alientan ¿cómo exigir que todo sea melopeya ciceroniana? Del oír al hablar hay gran trecho. Llevar la lección aprendida, — un rollo de papeles borroneados como acostumbra en sus conferencias católicas la rancia e ilustrada señora Éva Canel — ser fonógrafo de repetición, no es lo mismo que fascinar en serie de *in promptus*.

fango, aquel lodo y aquel cieno, lo bebe y traga con ansia la sociedad corrompida, no lo habéis visto revelarse contra el fango, alzarse contra el lodo, pisotear el inmundo barro y sacando puñados de aquella podredumbre, arrojárselos con risa trágicamente espantosa y cruelmente egoísta, al rostro de la torpe y envilecida sociedad?

“Si no habéis contemplado eso, si no habéis tenido ocasión de estudiarlo, estudiad el Quijote, y ved en cada una de sus palabras, un puñado de cieno que Cervantes arroja al rostro del mundo egoísta y materializado”.

Y ahora entro en sus conferencias.

La primera, la "Oración del dolor", giró al rededor de este pensamiento pesimista, si bien nada nuevo: en la vida no existe el placer sino únicamente el dolor, aun el mismo placer es la prolongación, el resultado del dolor. Y para probar su tesis, recorrió el vía crucis de los genios: el viejo y ciego Homero que, según la leyenda, desciende a tientas y descalzo desde la montaña a cambiar sus poemas por un mendrugo de pan; el Cisne de Mantua que sufre críticas y envidias; Dante, víctima de la persecución y el ostracismo; Shakespeare, pobre y oscuro, la eterna historia del talento escarnecido. Se olvidó la conocida fábula de Camoens que pedía limosna por medio de su criado zambo. No eran una novedad, como él anticipó en anunciar, sus ideas; pero tenían el mérito de haber sido recordadas al público en una forma bella y arrebatadora. Ponderó la obra de los artistas, poetas, músicos, pintores, escultores y arquitectos que se agotan, que sufren, que apuran el dolor en bien de sus semejantes. El vulgo pregunta con asombro ¿qué importa, qué aprovecha aquella estrofa, aquel lienzo, aquella estatua, aquella sinfonía, aquel friso? Y no sabe que ningún esfuerzo es perdido, y más si contribuye a la perfección espiritual, si es brote de belleza. Tuvo frases lapidarias contra los verdugos y sicarios, contra los indiferentes y los egoístas que no aprecian la do-

lorosa gestión del arte, que pule e instruye a la humanidad. "Sólo la ignorancia es infalible en la tierra", dijo con énfasis. Su exordio no fue el manoseado de los oradores del montón. Mezcló, como siempre, la nota personal. Sus episodios se multiplicaron y prolongaron con riesgo de la trabazón del discurso y de su idea capital. Habló dos horas plenas en elogio de la literatura y del dolor de pensar y de vivir; pero no con negro pesimismo a lo Schopenhauer que cree que sólo el mal es positivo e insinúa la esterilidad. (1)

(1) "No conozco nada más absurdo que la mayoría de los sistemas metafísicos que explican el mal como algo negativo. Por el contrario, sólo el mal es positivo, puesto que se hace sentir . . . Todo bien, toda felicidad, toda satisfacción son cosas negativas, porque no hacen más que suprimir un deseo y terminar una pena. Añádase a esto que, en general, encontramos las alegrías muy por debajo de nuestra esperanza, al paso que los dolores le superan con mucho.— Si queréis, en un abrir y cerrar de ojos, ilustraros acerca de este asunto y saber si el placer puede más que la pena, o solamente si son iguales, comparad la impresión del animal que devora a otro con la impresión del que es devorado".— Arturo Schopenhauer.

(El amor, las mujeres y la muerte)

En la segunda conferencia, el Dr. González de Castro discurre acerca de Tales de Mileto, el fundador de la escuela Jónica; de Sócrates, el maestro sereno, y de Spencer, el filósofo contemporáneo. En su exordio evocó a la verdad, en una bellísima fábula que el artístico verbo-motor había desenterrado, según lo manifestó, de un viejo pergamino griego del *Monasterio de Piedra* que a Núñez de Arce inspiró este doliente poema:

"Nunca del hombre la soberbia ciega,
que a enloquecerle llega,
podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,
ese poder augusto y soberano
que enfrena el Oceano
y hace girar los astros en el cielo.

En vano, golpeándose la frente,
se agitará impotente
en su orgullo satánico y maldito;
siempre, desesperado Prometeo,
le acosará el deseo,
¡ay! que, como el dolor, es infinito".

Moraleja de la fábula distendida con áureo lenguaje: el hombre ante la verdad enmudece; si una vez conoció a la augusta diosa, queda para siempre a su servicio, como un esclavo, luchando heroica y humildemente por volverla a contemplar y pro-

clamarla por el mundo. Del grave marco del profundo inquirir filosófico salióse el orador para trasladarse a los perfumados campos de la poesía, al evocar aquellas excelsas sombras de los amantes del *quid obscurum* de las cosas, que en busca de la verdad peregrinan por la tierra y hallan el martirio como Sócrates, precursor de Jesús. Hechizador fue el rasgo acerca de Alcibiades, en el que se adivinaba la fresca lectura de *Los Banquetes de los Filósofos* de Montalvo que sirvieron de fuente de inspiración al juvenil conferencista que, olvidando la filosofía, viajó en alas del dulce lirismo por floridos pensiles. Nada de didáctico ensayó; pero sí mucho de frívolo y placentero. Atacó el sofisma y la metafísica para recomendar la filosofía práctica que se demuestra en las obras del progreso humano, en la evolución admirable de la naturaleza. Concluida la conferencia y como el auditorio de intelectuales jóvenes universitarios no se retirase, el iluminado verbo-motor preguntó si la concurrencia no estaba fatigada y, cambiando de tema, continuó deleitándola, después de ligero descanso y de limpiarse el sudor que empapaba su despejada frente. Habló dulce y férvidamente de la patria, de la extensión universitaria, de la confusión del civismo con el cinismo por quienes se titulaban figurones cívicos, y, por último, de Juan Montalvo, cuyos *Siete Tratados* pidió

a la juventud consciente de las aulas universitarias que fuese texto de lectura en las escuelas. "Sucede con Varona en Cuba, observaba *Fray Candil*, lo que con Menéndez Pelayo en España: todo el mundo les admira, pero pocos, muy pocos son los que les leen". Otro tanto acontece en el Ecuador con Montalvo, con el agravante de que ha sido prohibida su lectura por los curas. Hasta por las agotadas ediciones, van siendo cada vez más raros muchos de sus libros. ¡Y estamos en la dichosa era de los gobiernos liberales! Bah! cuántos señores ministros que han rodeado a presidentes de espada ensangrentada apenas deletrean para no equivocarse al firmar!... Hablen con elocuencia el estigma público y los votos de censura que virilmente han sido propuestos en las Cámaras!

La moral que expuso —no a la manera del santo laico y notable conferencista Emilio Bontroux— puede resumirse filosóficamente en las siguientes líneas de Sebastián Faure, que, al volar vertiginosamente sobre ellas, las revistió del velo impalpable de la ensoñación:

"En la moral contemporánea vuelve a encontrarse la moral religiosa: las religiones todas, teniendo en cuenta, consciente o inconscientemente, esa tendencia irresistible de la humanidad hacia la dicha y su invencible aversión al sufrimiento, han atribuido al respeto o la infracción de la ley religio-

sa un paraíso de recompensas o un infierno de castigos; la felicidad eterna e inefable para los que vivan con arreglo a los preceptos de la religión; el tormento sin fin e indescriptible para los que falten a ellos.

“La moral de hoy encierra en los límites de la existencia humana sus promesas y sus amenazas; pero —y me apresuro a añadir que no podría ser de otro modo con una ética que se impone por autoridad al individuo, sin lo cual no habría motivo para conformarse con ella— no por eso deja de ser, como su antecesora, una moral de comerciante. La virtud practicada así no teniendo otro móvil que el temor al castigo o la esperanza de la recompensa, se limita a un simple cálculo aritmético. El virtuoso es un ser que sabe colocar bien el capital de sus buenas acciones; es un buen especulador, un matemático hábil, y nada más”.

El lírico fervoroso optó por el *imperativo categórico* de Kant. Y continuó, al rededor de tan fecundo tema, glosando las palabras de su autor favorito.

“No digo que no sea humano el obrar movido por la remuneración, porque *homo sum*, y sé por experiencia que el atractivo de un placer o el temor de una pena puede únicamente impulsarnos a hacer esto o apartarnos de aquello. Quiero decir simplemente que no sé qué pito toca en esto la virtud.

“Desde este punto de vista, el individuo, sea el que sea, torpe o listo, inteligente o tonto, moralmente es neutro.

“Completamente distinta, mucho más elevada, cien veces más noble es la moral metafísica, por costumbre llamada estoica y de la que Zenón fue fundador ilustre. Al través de las variantes que la han hecho caer alternativamente en la moral religiosa y altruista, según los tiempos, el lugar y la filosofía —y de los discípulos de Zenón a los de Manuel Kant— ha conservado muy clara su afirmación distintiva e intacta su tendencia hacia el amor del bien absoluto”.

Aquí queremos recordar el debatido soneto que se atribuyó a la doctora Teresa de Jesús y que don Alberto María Carreño, investigador mejicano, dice que es de Fray Miguel de Guevara. Y nos suena a música deliciosa aquello de “aunque no hubiera cielo, yo te amara y aunque no hubiera infierno, te temiera”.

“El sér moral debe amar la virtud, no por la felicidad que en esta vida o en otra pueda traer consigo, sino por sí misma; únicamente porque lo justo es sólo el bien, lo injusto sólo el mal. El placer y el dolor no son nada, y todo lo que no es bien ni mal, debe ser absolutamente indiferente al hombre virtuoso”.

“Esta es la doctrina. Nuestro siglo de crítica científica y observación experimental, nuestro siglo de realismo positivo, ha

foto el ídolo á quien, por lo demás, los metafísicos no habrían logrado nunca dar seria consistencia. Esas nebulosidades encerradas en el cerebro de pensadores que especularon sobre el absoluto, se han disipado al paso de las investigaciones en épocas recientes, que han demostrado que nada hay absoluto; que el absoluto, creación platónica del idealismo cerebral, no existe, no puede existir.

“No deja de haber una escuela, sin contar algunas personas que, presa de las alucinaciones causadas por aparentes sublimidades de ese ideal, se privan del placer y se imponen penas sin más motivo conocido y declarado que el respeto de principios injustificables, de deberes ilusorios, de dignidad ficticia, de honor imaginario”.

Nada de nuevo encierra la exposición transcrita; pero al trazar el derrotero seguido por el Dr. González, conviene recalcar que no son flamantes. Continúa el analizador de *El Dolor Universal*:

“La moral altruista me parece una exageración del principio esencialmente humano. “No hagas a otro lo que no quieras que hagan contigo. Haz a tu prójimo lo que quieras que hicieran contigo”.

“La principal, la única preocupación del altruista debe ser el bien ajeno, así, para trabajar por éste, tenga que comprometer el suyo propio. El precepto es doble. El primero, una prohibición: “no hacer

mal a otro", el segundo, un mandato: "hacerle todo el bien que para sí mismo se desee".

"Confieso que mi corazón se siente atraído hacia ese concepto tan alto de la moral; pero mi razón lo rechaza enérgicamente, porque su origen es falso y ¿quién lo creería? infaustas son sus consecuencias actuales".

El mundo, bañado en sangre de mártires, empapado en el sacrificio de pueblos enteros como Bélgica y mudo ante las proezas de héroes inauditos como el Capitán Guynemer, encarnación de la Francia prepotente, parecería confirmar las teorías de la doctrina del desprendimiento, si el horror económico de la guerra europea no nos desorientase.

"He dicho que el punto de esta ética es el amor al prójimo con preferencia a todo otro, lo que supone, como corolario, que el bien ajeno debe ser por todos considerado más precioso que el propio y serle preferido.

"Luego, admitir que el bien de mis semejantes es preferible al mío, es también reconocer que el sujeto es superior y tacharme de inferioridad. Ciertamente es que a esta inferioridad en frente a mí mismo, corresponde una equivalente superioridad en frente a los otros, y que así puede restablecerse la igualdad de todos y de cada uno.

"Gracias a un razonamiento de este

género, me invita la escuela altruista a sacrificarme, si hay necesidad, por la felicidad de otro, asegurándome que, debiendo éste a su vez inmolarse por mi propia dicha, no sólo nada pierdo en este cambio de procedimiento, sino que puedo ganarlo todo. ¿Más qué pensar entonces de ese amor al prójimo que en el fondo sólo estaría inspirado por el amor a sí mismo? Y siendo así, ¿no está mal que se adorne esa moral con el calificativo de altruista? ¿y no le cuadraría mejor el epíteto contrario? Y si no es así, es decir, si no debo tener en cuenta más que la felicidad de mis semejantes, consagrarme a ella todo entero y hacer en su bien el sacrificio del mío, o, por lo menos, la esperanza de que puedo contar con la reciprocidad por parte del prójimo, hay que confesar que se me propone un trato leonino y noventa probabilidades entre ciento de que yo no consienta en poner mi firma en tan extraño contrato. Esto es lo que sucede”.

En la naturaleza es ley poderosa la de la lucha por la vida. El incapaz y de pocas fuerzas es eliminado. Desde lo alto de la roca Tarpeya, la sociedad arroja a los impotentes. Las plantas raquíticas, como las ideas efímeras, desaparecen. Sólo es digno de perpetuarse lo que es vivido y humano. Por esto, aunque no se cumpla a la letra, subsiste el consejo de Jesús y el sermón de la montaña.

“El grito de amor y de paz ha podido repetirse durante veinte siglos: *¡Diligite vos invicem!* (Amados los unos a los otros); los hombres han permanecido sordos al consejo; continúan riñendo, calumniándose, perjudicándose y luchando unos contra otros.

“Hay que tener el valor de reconocer que el mal sería para aquellos que en nuestra sociedad batalladora y exótica se les ocurriera adaptar su actitud a las reglas de la escuela altruista. Su vida sería una renuncia completa, una abnegación constante, un verdadero martirio. Los solos consagrados a sacrificarse en el seno de una sociedad indiferente, desdeñosa de sus tormentos voluntarios, no tardarían en reconocer la patente esterilidad de sus esfuerzos y renunciar a ellos cuerdamente”.

Poniendo el dedo en las llagas sociales, el conferenciante se determinó a fulminar contra todas las apariencias y decepciones--la caridad entre ellas-- de quienes pasan por impecables, por santos, para esquilmar al pueblo, jumento que en sus lomos lo aguanta todo. Sigue el hilo enunciativo de Sebastián Faure:

“Una de las más vulgares formas del altruismo en nuestra época es la caridad, y a menudo ésta no es más que un cálculo cínico o una hipocresía abominable. Cálculo en los que, millonarios, dan cien céntimos para guardarse mil francos y calmar las justas iras que puede excitar en los po-

bres la insolente ostentación de su lujo; cálculo en los que, con algunas limosnas hechas ostensiblemente, adquieren a poco precio una reputación innmerecida de caritativos y se rodean de la aureola de la bondad; cálculo en los que, durante los rigores del invierno, salen de sus calientes moradas cubiertos de pieles y en cómodos carruajes, llegan a un sitio de recreo donde se divierten, gozan, bailan hasta la mañana, dando a su afición al juego, a la coquetería, a la polka, una apariencia de piedad por los desgraciados que no tienen donde reclinar la cabeza y a los que se guardan bien de ofrecer un asilo; cálculo también en los que, cristianos o masones, practican la caridad, uno de los más firmes sostenes de su influencia; cálculo, en fin, de los que, con la tapadera de un montón de obras de beneficencia y de socorro, recogen seres sin albergue, sin trabajo, sin alimento, les dan pan y guarida a cambio de un trabajo a veces excesivo, y bajo la máscara de honrosa filantropía, realizan también ganancias sobre las espaldas encorvadas ya por los martirios de la existencia”.

Grandes sociólogos modernos votan porque el ideal de la Beneficencia debe ser no hacerse necesaria, no existir, en una palabra. Los pueblos poderosos rechazan la limosna. Allí donde nadie la buscara no habría débiles ni explotadores. Ejemplo: los

Estados Unidos. En sus catástrofes públicas se valen a sí mismos, agradeciendo, sin aceptar, la ajena ayuda.

“Hipocresía aborrecible esa caridad oficiosa y pública que, por medio de asilos para la noche, de casas de beneficencia, de socorros extraordinarios, obras de toda clase, patrocinadas, subvencionadas y vigiladas por el Estado, arranca de la vía pública a la turba desarrapada y hambrienta, la deja abandonada y la empuja suavemente a una resignación que deprime, mientras que la miseria la hubiera probablemente impulsado a la sublevación y el pillaje.

“Otra forma del altruísmo es el amor a muchas colectividades más o menos extensas: familia, municipio, patria, en cuyo nombre se exige del individuo ahogado, perdido en esas masas, obligaciones, esfuerzos, sacrificios que por la patria, pongo por caso, llegan hasta el sacrificio del más precioso bien, de aquel cuya pérdida es irreparable: la vida”.

No comulgo con el principio egoísta de reservar algo y no entregar todo a la patria. Cuando la patria es débil, con nuestra sangre la hemos de vigorizar; cuando es pobre, la hemos de enriquecer con nuestro trabajo y generosidad.

En medio de la selva filosófica, faltaba esa gran conquista moderna, el método. A la experimentación tampoco rindió parias el hábil saltabanco de las acciones humanas.

Habría convenido un poco de *psicofísica*, sobre todo al entrar en terreno tan escabroso como el que se está intrincando cada vez más a causa de los testimonios humanos relativos al dolor y al placer. Aquí se esfumó la turquesa de marras, que, sin perder la serie del discurso, habría continuado así:

“Poco diré de la moral utilitaria: es el producto directo de la filosofía de Epicuro. Esta filosofía tan calumniada, no deja por eso de ser la única verdaderamente racional. Es racional, no sólo porque no cae en los errores de los éticos anteriores, tanto desde el punto de vista como del objeto, sino también porque toma por *substratum* la única realidad de que no nos es permitido dudar; dicho *substratum*, que cada ser es el *ego*, el yo, es el sí mismo. Y es francamente humana, porque se inspira en un conocimiento perfecto de la humanidad, porque parte de una prueba que jamás engaña, y que a pesar de las manifestaciones diversas, y a veces hasta opuestas, a que da origen, a pesar del tiempo y del espacio, puede advertirse por doquiera idéntica constantemente a sí misma, y que es, por tanto, inherente al ser humano, comprobación que cada cual puede hacer en sí mismo. En la naturaleza humana está el buscar la dicha y huir de la adversidad.

“Es realmente fecunda, porque el adoptarla, conduce necesariamente al respe-

to y al amor al prójimo, por razón de este razonamiento sencillo. Para todo individuo, el bien consiste en buscar cuanto le lleva a la dicha, en alejarse de todo lo que le hace desgraciado, como es sabido, pero no es *viviendo el individuo en sociedad*, viendo su ventura en la desdicha de los otros, y obligado para ser feliz a atender al derecho igual de sus semejantes.

“Esto, por tanto, sucederá siempre que los intereses individuales sean opuestos a los del otro, en tanto que el placer del uno se realice a costa del disgusto del otro. Nacida de la fecunda unión de la naturaleza y la razón, la moral utilitaria invita actualmente a todos los hombres a buscar una organización social en cuyo seno los intereses de cada uno se concilien con los de todos, por supresión de las causas artificiales de discordia social; y no sólo no pueda hallar su felicidad en la desgracia ajena, sino que además el placer de cada cual esté indisolublemente ligado al de todos, y el sufrimiento impuesto sólo a uno sea sentido por todos, gracias al libre funcionar de la solidaridad del dolor y del contento. En una palabra, conseguir primero que el placer de cualquiera no tenga nunca por resultado el dolor de otro, o muchos otros; tal es el segundo punto.

“La realización de estas dos condiciones, la una negativa, positiva la otra, teniendo por objeto la primera evitar todas las

lágrimas, logrando la segunda multiplicar como el eco, la risa de uno solo, he aquí el ideal de la ética utilitarista. Ved aquí puesta en práctica esta hermosa definición de Leibnitz: "La virtud es el arte de hacerse feliz con la felicidad de los otros".

"Esto es, como se ve, la fusión de las dos morales: egoísta y altruista; pero sin que se exija de parte del individuo la renuncia más pequeña, sin que el utilitario tenga que hacer, sobre el sacrificio del otro, el holocausto de su propia felicidad. Tal reconciliación definitiva de los intereses de todos y cada uno, es el punto de unión natural de la felicidad individual y la colectiva".

Quizá ha de notarse alguna corriente contradictoria entre *La Oración del Dolor* y los párrafos finales que siguen, por lo menos a la primera impresión; pero, si bien se medita, la oposición desaparece un tanto, quedando en pie el dolor y el espíritu de sacrificio que se encaran contra el placer y el interés.

"Es, si se quiere, la solución del problema tan profundamente sondeado por los altruistas: la felicidad ajena; pero, diferencia fundamental, con este punto de partida egoísta: "el bien consiste en hacerse feliz uno mismo" en lugar de este otro: "el bien consiste en hacer dichosos a sus semejantes".

"No creo que se podría concebir una

filosofía más dulce, más verdadera; más profundamente humana, más generosa, más alta; no podría imaginarse una moral más pura. Y sin embargo, no ha habido en el pasado ni hay en el presente otra que haya tenido tantos asaltos que sostener, calumnias que refutar, excomuniones que sufrir, ataques que rechazar.

“Y ya es muy antigua esta moral del interés profesada por Epicuro, desarrollada, sistematizada y vulgarizada por los discípulos y continuadores de aquel hombre ilustre entre todos los de la antigüedad. Esa filosofía que tiene la franqueza y la audacia de proclamar, a la faz de retóricos y pedagogos de la moral religiosa y de la filosofía histórica, que el único bien es el placer, la voluptuosidad, el goce, la dicha, ha sido durante muchos siglos objeto de los sarcasmos e injurias de teólogos y metafísicos coligados”.

Tal es, si se rastrea en lo profundo, — apartando los brillos y alamares de lenguaje, las flores de la retórica—, en síntesis, la conferencia acerca ya del jefe de la escuela jónica que sentó como principio de las cosas el agua y combinó la filosofía con las ciencias físicas para entrar en el seno de la naturaleza; ya del mejor discípulo de Arquélao y Anaxágoras que a su vez vive en sus inmortales alumnos Platón y Jenofonte; ya del padre del evolucionismo y creador de la filosofía sintética. Tratándose de

Herbert Spencer, los jóvenes universitarios deseaban oír más de los labios del orador: pero es muy sensible que no se detuviera un momento a considerar al que toda la vida trabajó por la humanidad. Nada dijo de las muchas lagunas de la filosofía de Spencer en cuanto a sociología, a la poca importancia que atribuyó a la historia, a la peregrina hipótesis sobre el origen de las religiones, al desafecto por los clásicos, a su repugnancia por el latín, a su exagerada teoría sobre que el Estado no intervenga para nada en la educación del niño, a su sistemático individualismo, etc. Nada contó de la vida del filósofo inglés, digna de ponerse de modelo a la juventud; vida sincera, austera y sencilla, que supo armonizar prácticamente con sus ideales, que se interesó por la paz y condenó muchas injusticias. Verdaderamente extrañó que el tan leído y discutido Spencer, que ha dado margen a torcidas interpretaciones, no haya sido más profundizado por el simpático verbo-motor. Si una sola de sus obras, la *Educación*, aunque traducida a trece idiomas, inclusive el chino y el japonés, ha sido a las veces falscada; si la universalidad de sus principios no siempre se levantó sobre sólidas bases; si su metafísica agnóstica — en medio de la gigante labor del filósofo — nada de real nos ha dejado; si aun cuando es digno de loa su odio a esas llegas sociales — el Militarismo y el Imperialismo —,

había necesidad de remedios más positivos, lógico era que una conferencia que proclamaba el nombre de Spencer se concretase siquiera un poquito más al que predicó honradamente que “mientras el sentimiento se posponga a la razón y no auxilie a ésta para inspirar nuestra actividad y darnos conciencia de la vida sana y noble, los hombres no se amarán, porque los buenos sentimientos son los que vuelven a los hombres: fuerte., felices y virtuosos.”

El orador de combate, inteligencia atormentada por la rauda fantasía y por los grandes cuidados que abrumaban al pensador, tiene alma de poeta: es un poeta en la tribuna, y sus conferencias son catarata de variada y artística parla.

Ha sido dura, mordaz, brutalmente combatido por las escuelas opuestas al credo moderno y evolucionador que predica; pero estas mismas rudas arremetidas son palmaria prueba de que en el peregrino del ideal los méritos no son mera utopía. Es hombre de imaginación, nervioso, observador, agotado, casi un muerto ambulante y un niño dulce, sublimemente catequizador de multitudes. Va caminando muy lejos con su fardo de dolores a cuestas, inmenso fardo, no obstante los relativos pocos años vividos; pero al fin llegará a la cumbre, a la gloria.

Cuando menos el insulto que la intrasigencia le ha lanzado a la cara —sin contar

los de loco y charlatán— es el de Sancho, es decir, simplemente un despropósito. En todo caso, Quijote, porque la locura —esta alada compañera de los que no son el Excelentísimo Sr. Vulgo— no es hermana de Sancho. Este buen hombre soñaba roncando, lleno el vientre; aquel hidalgo aventurero soñaba despierto, henchida la mente de idealismo. Muchos que aun cuando se dicen intelectuales, vegetan sin producir nada —sean maestros de escuela, periodistas, librereros o cosas así— le han condenado sin haberle oído siquiera. Es la más frecuente y la más abrumadora muestra de estupidez humana la de sentenciar a muerte al hombre de ingenio sin conocerle física ni moralmente, sin haberle escuchado ni analizado. Hay tantos, tantos pobres de espíritu que sirven maquinalmente la opinión ajena, como el rebaño va detrás del guía: no son capaces del parecer personal, del juicio propio, de la búsqueda de la senda conveniente.

—¿Pero qué se propone este hombre?, gruñía asustado un curial, facha de inquisidor, que garrapatea de periodista.

—Vaya Ud. a oírle y dése cuenta cabal de lo que se propone, le repuse con lástima.

Al otro día, *sin haberle oído*, vomitaba por la prensa un sartal de impropiedades; sólo porque un quidam su compadre gerundiano que no entendió al conferensista

fue alarmado a ponderar que era un sardio, un bruto, un *sacha* hereje.

Los prejuicios han engendrado esclavitudes e idioteces formidables; los prejuicios inventaron todas las injusticias, como que son hijos de la fe ciega y del error.

Ciudadano mediocre, abrazo con sinceridad, sin escrúpulos humanos ni aire de pontífice; yo abrazo impulsado por la simpatía, por la justicia y por la corriente del correligionario a todos los que algo valen, a los de buena voluntad, a los que se quemaron las cejas junto al libro. ¡Qué diablos! En aras de la idea vertida, se debe sacrificar el matador prurito de no reconocer valía en el compañero, en el vecino ni en el hermano. Basta de monopolios; basta de inconfesada envidia y de bajeza, por pasarse de listos! ¡Hay silencios criminales!

El vía crucis del orador, su vida efímera, su momentáneo triunfo, sacuden hasta lo más íntimo las fibras de nuestro ser, como sabe sacudirlas el Dr. G. de Castro, cuya peregrinación ha terminado. Proyectaba ir hasta los Estados Unidos, después de pasar por las Repúblicas Centroamericanas y México, para de allí seguir a Cuba y Santo Domingo; pero la muerte ha interrumpido su odisea. Él es ya un puñado de ceniza, viva al menos su verba cálida. Que su obra sea duradera, a fin de que la posteridad no diga de él lo que Fitz-

maurice-Kelly de Castelar, del mago de la palabra: "Castelar es siempre lo que fue en un momento glorioso: "el primer tenor de la República", maestro de elocuencia declamatoria, sin influencia alguna en el terreno de la literatura". Las ideas del juvenil anatematizado adquirirán cada vez más cosmopolitismo, serán más vividas y más humanas, para el que lee, viaja, observa, sufre las violentas persecuciones por la justicia y el palo de ciego de los intolerantes y los tontos, y padece sin descanso, en lo espiritual y en lo físico, torturas infinitas.

TRIBUNOS DE LA LIBERTAD

Magistrales oraciones cívicas lanzadas en esta época desde el parlamento, discursos patrióticos de inolvidables enseñanzas, programas de administración y gobierno republicano, exaltan, cada vez con más entusiasmo, a los privilegiados seres que dominan el uso de la palabra, dón que escasea en estos días de materialista goce y de erudición-relámpago que no se nutre de ideales.

Pocas figuras tan simpáticas en la historia de la elocuencia española como la del tribuno Emilio Castelar, defensor de las libertades públicas. ¡Cómo la España mártir te evoca ahora!

La oratoria está sujeta al vía crucis de la palabra que, por convincente que resulte, obtiene, en ocasiones, triunfos momentáneos y no perdura como el ver-

bo escrito. Se dirá que los discursos se ponen en letras de molde; pero pierden el cincuenta por ciento al imprimirse, porque les falta el alma de quien los pronunciara: su voz, su énfasis, sus ademanes, su gesto, la oportunidad, el calor de la réplica, todo el conjunto de circunstancias que permiten hipnotizar a las muchedumbres, arrebatárlas, convencerlas y luego persuadirlas. El vía crucis se acentúa también contra el orador que, en medio de su transfiguración, recibe, de cuerpo presente, rechiflas, contestaciones descomedidas, ruidos, ataques, porque no solamente los vítores son para él en su Tabor tribunicio que se transforma a veces en Calvario.

Castelar, mago de lo que los antiguos llamaron retórica: el arte de hablar, el arte de bien decir, fue no sólo el poeta de la oratoria, sino el fecundo escritor que se entretuvo en sintetizar la fulguración histórica universal, en referir al mundo las consecuencias de la revolución religiosa, en altecer las impresiones de su visita a Italia y las seculares bellezas de Roma, relatar las maravillas de Oriente, difundir la civilización helénica, en estudiar la política de Turquía y de sentrañar los misterios de Constantino-
pla.

Cultivó la novela, propagando las ternuras y heroicos oficios de las hermanas que profesan la caridad y siguiendo, a través de las edades, las torturas de la esclavitud hasta que brille el alba de su redención, que permitió que pasara el siervo de la gleba y la bestia de carga a la condición de hombre.

Castelar fué periodista. Escribió, además, doctas correspondencias para grandes diarios, inclusive los de Buenos Aires. Redactó, con brío, "La Discusión" y "La Democracia".

Pero España y la civilización le califican como a insigne orador, porque en este género subió a la cumbre. Levantó su voz contra la opresión y sus labios hablaron en nombre de los principios republicanos. Imprimió en sus oyentes el amor a las nobles ideas consagradas por la libertad. Dió fuerzas a sus razones, hermoreándolas con las citas históricas y la poesía del universo que su imaginación fecunda y su memoria prodigiosa levantaban del polvo de los siglos. En la Asamblea Constituyente ergotizó en acalorada ocasión cuando combatía la autoridad dictatorial del General Serrano: "Yo tengo, como decía Chateaubriand, el atributo de los tontos, una buena memoria". La

frase irónica confirmaba su gran talento. Cerebros privilegiados, de poderosa inteligencia, asombraron por su memoria. Para producirse en público es recurso maravilloso, de efectos incalculables. En el plano de la realidad, los biólogos han repetido que recordar es vivir. La memoria es el gigante que toma en sus brazos al talento. Sin ella no podría improvisar, ni defenderse. Sabía salpicar sus discursos de generosos pensamientos. Al defender la libertad de imprenta expresó "que los delitos de opinión son delitos de conciencia, y de los delitos de conciencia sólo puede juzgar la conciencia pública". Saludable amonestador, inculcaba que "la herida inferida a un solo derecho, es herida inferida a la libertad y a la conciencia humana". Para confirmar sus asertos, se valía de opiniones y cuadros históricos impresionantes. Combatiendo a la fuerza, transcribió las inmortales palabras de Washington: "La espada fué la última razón a que apelé contra los reyes; la espada es lo primero que arrojé a las plantas del pueblo".

Numerosas son sus campañas en favor de la libertad de pensamiento, casi desde niño. Encarándose con el enorme político Práxedes Mateo Sagasta,

le recordaba las mutuas persecuciones de que fueron víctimas ya que juntos lucharon por altas doctrinas.

“El Sr. Sagasta sabe que denunciados, conseguíamos una victoria en el discurso y otra en la defensa; que perseguidos, nuestros artículos iban más lejos; que encarcelados, taladrábamos con las ideas las piedras de las cárceles; que en el destierro y en la emigración, los dolores que nos devoraban, las imprecaciones que confiábamos a extranjero río, se reproducían aquí por eloquentes tribunos; que, con brillantísimos artículos, lanzaban desde las redacciones clandestinas el cometa de la revolución en el horizonte; y esto le debía haber probado al Sr. Sagasta que aun achicharrados, se hubieran consumido nuestra carne, nuestra sangre y nuestros huesos; pero en aquellas cenizas hubieran quedado, como una semilla eterna, la palabra y el pensamiento”.

Añoraba sus mejores años transcurridos en la prensa, en la barricada formidable, pluma en ristre para endiosar la pujanza del periodismo: “creo, decía, que ni la locomotora, ni el teléfono eléctrico, ni los milagros de la industria, valen tanto como la prensa periodísti-

ca, esa hoja, enciclopedia viviente, que reproduce los latidos de nuestro corazón y es el espejo de nuestra conciencia....”

Protestaba contra la encarcelación a los escritores, la tentativa de poner mordaza al pensamiento y rodearle de cancerberos legales.

EL ORADOR LIBANES

HABIB ESTEFANO

En agosto de 1929 sentó su planta de peregrino en Quito el insigne orador libanés Dr. Habib Estéfano. Su verbo armonioso nos habló en aquella ya lejana época de cosas bellas y sentimentales como las tres joyas del corazón humano: la sinceridad, el entusiasmo, el amor; como el eterno femenino, con el apostolado de la mujer en las distintas fases de la vida, como el ideal del soldado que se condensa en el deber, el honor y la patria, como la infinita poesía del desierto y su representante, el beduino, caballero en su corcel veloz, soñador en medio del encanto de las noches árabes, heroico e ingenuo. Los temas eran poéticos, impregnados de romanticismo y ternura.

Después de once años, su concepción idealista es la misma, su optimismo igual, a pesar de los tiempos trágicos.

cos de la época, que van acumulando las conquistas de la cultura.

Pero, no obstante sus admoniciones encumbradoras del espíritu, se ha preocupado mucho de la realidad, ha sido su argumento favorito la misión actual de América y su destino ante el oleaje sangriento de Europa.

El docente orador ha puesto de manifiesto el peligro que corre la civilización, el azote que amenaza destruir al mundo, que va convirtiéndole en ruina física y moral.

Se ha dirigido el orador inagotable a la sociedad de Quito, a los jóvenes quiteños, a los maestros, a los universitarios, a los alumnos que, graduados, egresaron del Colegio Mejía, al Ejército nacional.

Sus lecciones éticas, bellas y fervorosamente expresadas, han sido como baño fortificante para las almas.

Conocedor de la historia de América, nos ha pintado sus excelencias, sus magníficas ciudades coloniales y sus viejos monumentos, su naturaleza exuberante, sus conquistas, más, que materiales, de orden espiritual, con el imperio del derecho, la libertad y la justicia, como antítesis de la opresión universal. El contraste ha sido elocuente.

A los jóvenes ha recordado sus deberes supremos que arracan del noble corazón. Más que las profesiones frías y la técnica impávida, importa cultivar el sentimiento, la emoción generosa, la flor de humanidad que nos vuelva, abnegados, útiles a nuestros semejantes, dispuestos siempre a servirlos: antes que recibir, hay que dar desinteresadamente, con profundo altruismo.

De mil años a esta parte, el cuadro de la civilización humana y el concepto de la tierra ha cambiado. La santidad está en derrota; el heroísmo que se sacrifica por la libertad se ha amortiguado; el artista se halla en un ambiente hostil. El teatro de las acciones humanas en el mísero planeta es de dura explotación, bárbara conquista, cruel especulación. La máquina, con su precisión despiadada, impera; la ciencia está al servicio del exterminio; la tiranía se apodera de las conciencias. El mundo Occidental está en crisis de inteligencia. En América florecen los frutos más exquisitos de la inteligencia: la libertad de pensamiento, la noción del derecho, la independencia humana, la victoria de la justicia.

Muy necesitados estamos de voces de elevación y de esperanza como las que han resonado, en noviembre de 1940;

difundidas por el espiritual Estéfano, prolijo conocedor de América, de sus virtudes, pero también de sus vicios que amablemente ha señalado, de las deficiencias sobre las que con delicadeza llamara la atención, repetidas veces.

Este profesor de energía y de belleza derramaría sus beneficios en la cátedra universitaria, en el aula colegial, si fuese contratado como maestro para guiar a la juventud, para sembrar selecta semilla en sus corazones, para inclinarles a la acción, para robustecer su dignidad, para vigorizar su moralidad profesional, para saturarlos del aroma idealista, por sobre las desafortunadas luchas y las miserias locales y disociadoras.

El doctor Estéfano ha magnificado a la naturaleza, ha cantado al árbol que, arraigado fuertemente al suelo, eleva su copa hasta los cielos, extiende sus ramas, como en actitud de abrazo, para acoger al caminante, para brindar sombra al fatigado viajero, para proporcionar riqueza al esmerado cultivador forestal. Como el árbol benéfico, el moralista orador libanés, sin apartarse de las realidades terrenas, sin desconocer el escenario en que actúan los seres racionales y la situación actual de Europa y América se eleva, en alas de la poesía, hasta las nubes, para que olvidemos,

siquiera por un momento, el cotidiano y desesperado bregar entre las sombras, sin una lucecilla que venga a iluminar el alcázar interior.

Merecidas palmas y condecoraciones a quien va regando por el continente, como en el surco prometedor, la simiente de su verbo musical y edificante, que algún día ha de germinar en panojas de bendición, en frutos de dignificación, de amor, de heroísmo que anada sus bajas pasiones y egoísmos, en aras de la redención humana, de la paz, de la felicidad del prójimo, rescatado de sus dolores y torturas que no le dejan un instante de tranquilidad, pues la muerte pavorosa le asedia por todas partes.

La visión de la humanidad, dantesca en estos días, ha de tornarse al fin plácida y venturosa, si el Nuevo Mundo continúa tremolando la bandera de su hegemonía espiritual, libremente agitada ante el fulgor del sol y en medio de los himnos de justicia que devuelvan al oprimido sus innatos derechos y afirmen la equidad universal.

INDICE

El Vía Crucis del Orador	3
Un juvenil Orador	9
Tribunos de la Libertad	51
El Orador árabe, Dr. Habib Es- téfano	57

ALGUNAS OBRAS DE

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

- La Ley del Progreso.**—Casa de Juan I. Galvez.—
Quito, 1909.
- Vargas Vila.**—(Ojeada crítica).—Impta. del diario
Ecuador.—1912.
- Las Brumas de Antonio C. Toledo** — Talleres "El
Comercio".—1913.
- Algunas ideas acerca de educación.**—2ª edición.
—Impta. Municipal.—1915.
- Rodó.**—4ª edición.—Imprenta y Enc. Naciona-
les.—1917.
- El Ecuador Intelectual.**—Córdoba (Argentina).—
Impta. de Bautista Cubas.—1919.
- Tres poetas de la música.**—Impta. de la Universi-
dad Central.—Quito.—1921.
- La Condesa Emilia Pardo Bazán.**—Impta. y Enc.
Nacionales.—1922.
- Juana de Ibarboureou.**—Imprenta Nacional.—Qui-
to.—1921.
- Motivos Nacionales** —(dos tomos).—Impta. de la
Escuela de Artes y Oficios.—1927.
- Centenarios y Millenarios** —Edición del Ministe-
rio de Educación.—1931.
- Eloy Alfaro** —(Epitafio biográfico).—Talleres
Tipográficos Nacionales.—1934.
- Noiones de Literatura General.**—4ª edición.—
Quito.—1934.
- El Ocaso de los Conquistadores.**—Imprenta Mu-
nicipal.—1934.

- Quitteños Auténticos.**—Impta. Municipal.—1934.
Recuerdos de Quito —La Tola.—Impreso por Néstor Romero.—Quito.—1934.
Del Quito Antiguo.—Imprenta y Encuadernación "Ecuador".—1935.
A través de los Libros.—Impta.—Encuadernación "Ecuador".—1935.
Los Genios.—Imprenta y Encuadernación "Ecuador".—1935.
El Libro del Maestro.—Ruta de la Escuela.—Imprenta y Enc. "Ecuador".—1936.
Manuel J. Calle.—Orientaciones Periodísticas.—Imprenta "Ecuador".—1936.
Algo sobre la Novela en la América del Sur.—1937.
En torno de la Prensa Nacional.—Imprenta "Ecuador".—1937.
Mujeres de España.—La Condesa Pardo Bazán.—Concepción Arenal.—Concha Espina.—Imprenta "Ecuador".—1937.
El Niño.—Notas de la Cartera de un Maestro.—Encuadernación Larrea.—1937.
Educación del Hogar.—Impta. "Ecuador".—1940
Pinceladas de la Tierrauca.—(Novela).—Imprenta "Ecuador".—1940.
La Novela en América.—1941.
El Canto de Ahora.—1941.